

INAUGURACION PROGRAMA DE FORMACION DE POSTITULOS DE MEDICINA
GENERAL DEL ADULTO.
SALON DE HONOR. Abril 19 de 1993.

Nuestra Escuela de Medicina ha tenido siempre una fuerte orientación hacia aquello que podríamos llamar "medicina científica", que busca para el ejercicio de la profesión médica, una sólida base en las ciencias naturales.

Vale la pena recordar que el nacimiento de esta escuela estuvo ligado a un desarrollo preferencial de los llamados "ramos básicos". Aquí estuvo uno de los centros de origen más importantes para el desarrollo de la ciencia experimental en el país, ligado a los nombres de Héctor Croxatto, Joaquín Luco, Raúl Croxatto, Fernando G. Huidobro, Luis Vargas etc. El esfuerzo de aquella generación tuvo un doble efecto: por un lado, fue germinal en el desarrollo de la Biología en Chile, y por otro, marcó en forma decisiva el "estilo" de esta Escuela de Medicina.

Cuando ella hubo alcanzado su madurez, ella determinó, no sólo acentuar ese estilo, sino extenderlo al ejercicio médico en Clínicas, en Salud Pública y Medicina Social, fundándose en la convicción de que una adecuada formación científica, puesta al servicio del ser humano, en una aproximación atenta y compasiva hacia sus necesidades, era la mejor versión contemporánea del espíritu que anima a los escritos hipocráticos, de una auténtica benevolencia hacia los seres humanos que se confían al médico.

En la complejidad creciente de la sociedad moderna, esta universidad buscó también, desde hace muchos años, una interacción fecunda con el complejo sistema de atención de salud en el país. Para no traer sino un recuerdo, la universidad emprendió en la década de los sesenta un esfuerzo que para sus condiciones del momento era gigantesco, y que estuvo destinado a duplicar el número de alumnos que admitía, y procedió así, sacrificando obvias ventajas pedagógicas, porque la situación del país exigía, a juicio de los entendidos en Salud Pública, que se llevara a efecto un fuerte incremento en el número de médicos.

La contribución que he mencionado al desarrollo de la ciencia médica en el país, y la sensibilidad a las exigencias nacionales de salud que acabo de ejemplificar, son expresión de una de las cosas que sentimos como más íntimamente incorporadas a nuestra institución, que es su vocación de servicio público

Es evidente que hoy día nos enfrentamos a cambios radicales en las modalidades del ejercicio de la profesión, y por lo tanto en las necesidades de enseñanza. Los progresos tecnológicos son aceleradísimos, pero traen consigo una incorporación cada vez mayor de valor agregado a los instrumentos y a los procedimientos médicos. La conciencia pública del poder de la ciencia médica se difunde de modo constante a través de los medios de comunicación de masas y de la educación. Incluso en los países que son productores de alta tecnología, el acceso a ella en asuntos de salud se torna cada vez más problemático para una gran parte de la población. En países como Chile, que son básicamente consumidores, a lo sumo adaptadores de tecnología, y en los cuales el ingreso per cápita es muchísimo menor, la brecha entre la aspiración a una atención médica racional y suficiente, y las posibilidades reales de otorgarla, se hace cada vez más grande.

Era natural entonces que cuando la Sociedad Médica de Chile, por boca de su Presidente, Dr. Vicente Valdivieso, llamó a fines de 1991 a todas las Escuelas de Medicina del país a desarrollar programas de post-título en Medicina General del Adulto, nosotros como Universidad nos sintiéramos directamente interpelados, tanto más cuanto que la idea encontró una acogida entusiasta en las autoridades del Ministerio de Salud. La necesidad de servicio público se conjugaba con la de introducir un estilo de atención médica de adulto que fuera diferente.

Diferente por cierto de la atención primaria, que en muchos aspectos se halla bien cubierta en un país del nivel de desarrollo de Chile; pero diferente también del régimen de subespecialización progresiva que es la marca de la medicina contemporánea.

La estrategia propuesta, de dar énfasis en la formación de post-título de tal manera de entrenar para identificar y actuar en problemas de salud del individuo y la comunidad, acentuando la capacidad de actuar en la consulta ambulatoria y en las acciones de prevención de salud, con disposición y habilidades para el trabajo en equipo, para la auto-formación continuada, y para el cultivo de relaciones interpersonales positivas, representaba una verdadera innovación, al menos entre nosotros. Y eso es muy importante para la Universidad, porque la más excelente manera que tiene una universidad de hacer su servicio público específico, es justamente esta de la innovación cultural.

Somos depositarios de una tradición médica antigua, pero activa. Activa en el sentido de que es la propia tradición la que nos demanda innovar, hacer las cosas mejor que lo que las hicieron los que pasaron antes que nosotros (recordemos la palabra de Leonardo Da Vinci: "Desgraciado del maestro que no tiene un discípulo que lo supere");

pero la que nos demanda sobre todo que nuestra tradición se actualice, que nuestra medicina refleje para nuestra comunidad de hoy y de este país, lo que ha hecho grande a la medicina desde los tiempos de Hipócrates. Al innovar sobre una tradición auténtica, le somos fieles a esa misma tradición, y le somos fieles al espíritu de la universidad.

Quiero hacer una reflexión muy breve sobre la especialidad de Medicina General del Adulto. En toda la tradición occidental, que se remonta prácticamente hasta los escritos hipocráticos, llama la atención el alto aprecio en que la sociedad ha tenido a la figura del médico. Un testimonio claro de este aprecio es el solo hecho de que cuando en la Edad Media surgieron las Universidades, una de las facultades constitutivas más importantes fue justamente la de Medicina. Y esto no era una cosa tan obvia y esperable. La Medicina medieval no tenía una gran eficacia, y no es probable que radicara allí la causa del respeto del que gozaba. Otras ciencias y artes muchísimo más eficaces no hallaron sitio en los currícula universitarios. Quiero contar una anécdota que he repetido varias veces, porque me impresionó. Me tocó un Congreso Universitario en la ciudad de Toulouse, en los claustros de la antigua universidad donde se guardan las reliquias de Tomás de Aquino. La belleza arquitectónica del sitio es indescriptible, así como es sobrecogedora la audacia técnica de los constructores que levantaron altísimas columnas que sostienen bóvedas, que parece que estuvieran flotando en el aire, y que se han conservado así por espacio de setecientos años. Pero ninguno de esos saberes científicos, artísticos o técnicos, que deben de haber sido muy refinados y excelentes, halló sitio en la universidad, la que acogía en cambio a una ciencia tanto menos esplendorosa en sus resultados, como era la medicina de su tiempo. Seguramente se podrán dar muchas razones para esta paradoja; pero a mí me parece que una causa principal era justamente que la medicina era tenida como una especie de sabiduría sobre el ser humano, como una mirada compasiva sobre sus dolores y flaquezas, y una acción racional, no mágica, sobre su salud concebida esta como la verdadera integridad del hombre. Ese carácter sabio, benévolo de la medicina, era lo que hallaba expresión en el aforismo de Trousseau a comienzos del pasado siglo, de que la Medicina debe curar, a veces; aliviar, a menudo; consolar, siempre.

Nadie puede dudar de que el avance tecnológico ha traído un inmenso incremento en la eficacia de la Medicina. Pero la aparente sustitución del hombre por la máquina en el proceso del diagnóstico y de la curación, pone en peligro esa relación de benevolencia y confianza que es constitutiva de la tradición médica. Y eso podría no ser tan importante si sólo redundara en un abajamiento del nivel de consideración del médico.

Lo que no podemos olvidar es que así se aumenta y se hace más sorda la soledad que rodea al enfermo confrontado a sus angustias, y tantas veces, a sus últimas opciones.

Creo que este post-título llena de modo técnicamente adecuado una aguda necesidad social, creo que ofrece un campo de acción fecunda y creativa, y creo que ayuda mantener en alto los valores esenciales de la acción médica.

Por eso es que esta universidad agradece a los médicos que se han incorporado al post-título; agradece profundamente a las autoridades de salud; y la dirección de la universidad agradece a nuestros docentes que han percibido el valor trascendental de esta llamada y le han dedicado esfuerzo y sacrificio. En la fachada de la universidad se alza una imagen del Sagrado Corazón. De hecho, muy pocas veces uno se detiene a pensar en lo que ese apelativo significa en la simbología cristiana: es fundamentalmente el amor humano, compasivo de Dios por los seres humanos, lo que nos impulsa en la médula de nuestra acción universitaria, y particularmente en programas como este que nos acercan al hombre, a la única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí misma.